

De Coplas y pasajes.

1815 6 25  
Donc. Bolívar 18125

¡Llueve, llueve, llueve!... Placé ellos que no sucede otra cosa. Ya los llaneros que estaban fuera de sus casas han regresado a ellos, porque los caños y los ríos se desbordarán por las sabanas y pronto no habrá caminos transitables. Ni necesidad de recorrerlos! Ya es tiempo de "mascado, tapara y chinchorro" y con estas cosas bajo el techo de palma, el llanero se siente feliz, mientras afuera se van desgajando las nubes en un llorar obstinado y copioso.

Con las primeras lluvias comienza el retorno de las gurgas. Aparecieron por el sur - hacia donde emigran durante el verano, sin que nadie sepa hasta dónde van - y todavía estaban llegando las innumerables bandadas.

Atigados por el largo vuelo, se detenían, balanceándose, sobre las ramas flexibles del monte garcero colocaban sedientos, hasta el borde de la ciénaga, y el monte y el agua iban cubriéndose de blancura.

Parecía haber reconocimientos y cambios de impresiones de viaje. Las de este bando miraban a las del otro, que habían emigrado a distintas regiones, alargaban los brazos, batían las alas, lanzaban soporos, rayados y luego quedaban quietos observándose mutuamente, redondeando e insuflando las ágatas de las pupilas. A veces había rina por una rama del dormitorio, por un resto de nido de la estación anterior, pero después se iban acomodando todas en los mismos sitios que siempre habían ocupado.

Los patos salvajes, las corcoras, las cheemites, las cotías, los gavanes y los gallos azules, que no habían emigrado, acudían a saludar a los viajeros, y también bandadas innumerables que iban llegando desde los otros puntos del cielo. También habían regresado los bicuacos y contaban sus impresiones de viaje.

Ya el estero está lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza. Un día asoma a flor de agua la trompa negra de una baba. Ya aparecen también los caimanes, pues los caños se están llenando de pira y en la llanura por todas partes se va a todas partes. Los caimanes también vienen de lejos, pero nada cuentan, porque todo el día se los pasan durmiendo o haciendo los dormidos. Mejor es que estén callados. No podrían contar sino crímenes.

Comienza la muda. El garcero es un monte nevado, al amanecer. Sobre los árboles, en los nidos colgados de ellos y en torno al remanso, la blancura de las gurgas a millares, y por donde quiera: en las ramas de los dormitorios, en los borales que flotan sobre el agua fangosa de la ciénaga, la secaracha de la pluma soltada durante la noche!

Con el alba comienza la recolección. Los recogedores salen al curiaro, pero terminan echándose al agua y con ella a la cintura, entre babas y caimanes, rayos, tembladores y caribes, desafián la muerte gritando o cantando, porque el llanero nunca trabaja en silencio. Si no grita, canta.

¡Llueve, llueve, llueve! y se desbordan los caños y se inundan los esteros y empiezan a caer los troncos, fulminados por la "cañera", tititando de frío, castañeteando los dientes, y se ponen pálidos y se van volviendo verdes y empiezan a nacerle crecetas al cementerio de Altamira por un rancho un pequeño retáquezito creado de alambre de púa, en medio de la sabana porque el llanero, hasta después de muerto, se basta con estar en medio de la sabana.

Rómulo Gallego

## [Cuentos] [manuscrito] Varios autores ; transcripciones.

Libros y documentos

FORMATO

Manuscrito

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

[Cuentos] [manuscrito] Varios autores ; transcripciones. 8 h. ; 21,5 x 14 cm.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile